

Balaguer ponen de manifiesto sus condiciones de hombre de gobierno y de jurista, y —en particular— su empeño por permanecer fiel a la inspiración originaria del Opus Dei, tal y como lo percibiera el 2 de octubre de 1928: el itinerario jurídico seguido por el Opus Dei es, realmente, como subraya el subtítulo de la presente obra, la historia de la defensa de un carisma.

Cierra el libro una de sus principales aportaciones: un apéndice que incluye la transcripción literal y en su lengua original de 73 documentos, bastantes de ellos inéditos, que testifican los diversos momentos del proceso histórico-canónico. El primero es una solicitud del Fundador del Opus Dei al Obispo de Madrid-Alcalá, fechada el 13 de marzo de 1935; y el último es el texto completo de los Estatutos de la Santa Cruz y Opus Dei —su lengua original es el latín—, que fueron entregados en su momento a los obispos de todas las diócesis en las que trabajaba el Opus Dei.—Manuel Moreno ARAUJO

\* \* \*

[Con ocasión del sesenta aniversario de la Fundación del Opus Dei tuvo lugar en Madrid la presentación de las Obras completas, en nueva edición, de Josemaría Escrivá de Balaguer. Reproducimos el texto inédito de la intervención del doctor Salvador Bernal, el 15 de diciembre de 1988]. Los organizadores de este acto esperan ahora unas palabras sobre la personalidad de Mons. Escrivá de Balaguer. Y he de confesar que, a pesar de haber escrito un libro —unos Apuntes— sobre la vida del Fundador del Opus Dei, me sigue resultando muy difícil explicar cómo fue y qué hizo, porque son muchas y muy ricas las facetas de su alma y de su doctrina. Además, las veo tan trabadas, tan fundidas, en una unidad de vida sencilla y fuerte, que se resisten al análisis: temo despiezar una existencia plena de sentido humano y divino, hasta en detalles mínimos, encubiertos, por otra parte, con mucha frecuencia tras una amabilísima capa de fino humor.

Un ejemplo. Mons. Escrivá de Balaguer no hubiera deseado ser fundador de nada. Pero se impuso la realidad divina... Sin embargo, toda su vida se consideró, en su humildad, Fundador sin fundamento. Y daba salida al *conflicto* rompiendo esquemas con

sentido del humor: no probaba los licores, pero bromeaba con la marca de un conocido coñac, y se refería a sí mismo diciendo que, para fundador bueno, el que venía embotellado.

Cuando, hace ya doce años, escribí los Apuntes, manejé abundantes documentos, y tuve en cuenta escenas de la vida y muchos textos de Mons. Escrivá de Balaguer, para dibujar un perfil, con los trazos que, en aquel momento, pretendía destacar, buscando subrayar elementos quizá menos conocidos o insuficientemente valorados.

Con idéntica perspectiva, me aproximo hoy de nuevo a la figura del Fundador del Opus Dei. Rechazo, pues, el propósito de ofrecer aquí una breve semblanza. Y me voy a limitar a glosar sólo un aspecto de su rica personalidad, que, en las actuales circunstancias, me resulta especialmente atractivo: su temple optimista, su sentido positivo, su actitud de búsqueda y difusión permanente de la afirmación, que explicaría también su perenne juventud y su capacidad para hacerse entender por la gente joven.

Hay un punto de Camino sobre la gratitud del hombre para con Dios, que termina con esta frase: *Dale gracias por todo, porque todo es bueno* (cfr. Camino, 268). Expresión rotunda que no admite excepciones, ni en el plano del ambiente o de las coyunturas externas, ni en el ámbito de las propias luchas interiores. Porque también los errores, las caídas, los defectos, pueden ser contemplados desde la bondad radical purificadora que aporta la penitencia. De hecho, pocas líneas antes, Mons. Escrivá de Balaguer ha comparado esa actitud con la del labrador, que entierra, *al pie del árbol que los produjo, frutos podridos, ramillas secas y hojas caducas. —Y lo que era estéril, mejor, lo que era perjudicial, contribuye eficazmente a una nueva fecundidad.* De ahí brota un consejo inequívoco: *Aprende a sacar, de las caídas, impulso: de la muerte, vida* (Camino, 211).

Esta actitud positiva de fondo, reciamente teologal, parece natural en una persona, que destaca a lo largo de toda su vida, por su gran corazón. Era tan ostensible, ya desde su adolescencia, que llegó a preocupar santamente a su madre, quien más de una vez le confiaba: —Josemaría, lo vas a pasar muy mal en la vida, porque tienes mucho corazón. Me imagino la escena al atardecer, tras un paseo sosegado por Logroño; doña Dolores, con un punto de apuro en el alma, repite a su hijo: —Josemaría, lo vas a pasar muy mal en la vida... Esa profunda intuición materna, sustancialmente

válida, sólo tuvo una quiebra: el hijo sufriría mucho efectivamente en la vida, pero sin perder la alegría, justamente porque su gran capacidad de amar le ayudó a ver siempre el lado bueno —divino— de todo.

Pienso que estamos ante un rasgo, esencial para quien había recibido el encargo divino de difundir la búsqueda de la santidad en medio de las ocupaciones y circunstancias ordinarias de la vida. Porque, sólo desde esa perspectiva hondamente optimista, las situaciones seculares dejan de ser obstáculo, para convertirse en camino de santificación. El mundo es bueno, porque ha salido de las manos de Dios. Y Mons. Escrivá de Balaguer puede proponer audazmente a los hombres el deber de *amar al mundo apasionadamente* (es el título de una de sus homilías, y uno de los nervios de su predicación desde 1928). La afirmación de lo divino no exige ningún menosprecio de lo terreno: al contrario, rechazar o empobrecer las realidades creadas, denotaría quizá un desprecio al Dios creador, que desborda amor por sus criaturas.

Y, en el centro de la creación, está el hombre, acreedor del Amor divino por un nuevo título: la Redención. Si Cristo ha dado su vida por todos, cada hombre —cada uno, uno solo— vale toda la Sangre de Cristo, tiene un precio infinito. El Fundador del Opus Dei lleva esta realidad de fe, apenas esbozada aquí, hasta sus últimas consecuencias: sólo siendo muy humanos podremos ser muy divinos: afirmación plena y radical del hombre, que tiene múltiples consecuencias prácticas; basten aquí unos ejemplos casi telegráficos:

- el camino hacia el encuentro con Dios queda jalonado necesariamente por el servicio habitual a los otros hombres;
- la lucha ascética ha de ser optimista, llena de espíritu deportivo, lejos de todo rigorismo pesimista y triste;
- mortificación, sí, pero positiva: muchas veces, una sonrisa es la mejor penitencia;
- toda la vida ha de estar presidida por un profundo sentido de la libertad, también porque sin libertad no se puede amar a Dios;
- la entrega plena al cumplimiento de los designios divinos, no sólo no anula, sino que potencia la propia personalidad, lejos de todo anonimato.

Pues bien: este profundo sentido teológico y humano, permite a Mons. Escrivá de Balaguer dar un tono afirmativo a cuestiones

decisivas en la vida del hombre, no siempre bien enfocadas. Me referiré sólo a unas pocas realidades básicas: el trabajo, el amor humano, la justicia, la cultura.

A mi juicio, se desenfoca y empobrece la maravillosa realidad del trabajo —participación del hombre en el poder creador de Dios—, cuando se reduce a una cuestión de éxitos o beneficios, que olvida la plenitud y dignidad de cada persona humana y transforma al hombre en triste *operador económico* dentro de un sistema progresivamente deshumanizado. Al contrario, en Mons. Escrivá de Balaguer, la dignidad del trabajo está fundada en el Amor: *el gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio*. La capacidad humana no se limita a hacer cosas, a construir objetos, cuando *el trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor*, trasciende lo inmediato (Es Cristo que pasa, 48). Por tanto, cualquier éxito se subordina a la dignidad de la persona. Comprendo la amable *indignación* de Mons. Escrivá de Balaguer cuando un personaje de la Curia Vaticana le felicitó en 1957 por el nombramiento de un miembro del Opus Dei como Ministro del Gobierno español: *¿Qué me importa a mí que sea ministro o barrendero? Lo que me importa es que se santifique con su trabajo*. Lo más alejado de la *moral del éxito* de cuño calvinista, que, sorprendentemente, hace años alguno trató de utilizar —con poco éxito— para interpretar —para oscurecer— el espíritu del Opus Dei.

Algo semejante sucede en el ámbito del amor humano. En su amplísima predicación, el Fundador del Opus Dei no hablaba nunca de impureza, ni descendía a casuísticas morbosas. Pero sí trató muchísimas veces de la castidad, *que respeta el misterio de la sexualidad y lo ordena a la fecundidad y a la entrega*, y de pureza, *de la afirmación gozosa del amor*. Para no alargarme, me limitaré a recordar un pasaje antológico, en el que definía *la castidad —no simple continencia, sino afirmación decidida de una voluntad enamorada— como una virtud que mantiene la juventud del amor en cualquier estado de vida* (Es Cristo que pasa, 25).

Y tampoco es separable la justicia del amor. Evidentemente, Mons. Escrivá de Balaguer sentía con viveza el clamor de las patentes injusticias y desigualdades entre los hombres. El desvelo de su corazón llegaba a las grandes crisis de la humanidad, en las que quería ver plenamente comprometidos a sus hijos: *Se pasó el tiempo de dar perras gordas y ropa vieja, ¡hay que dar el*

*corazón y la vida!*, subrayaba desde los comienzos con frase gráfica, no para contraponer superficialmente caridad y justicia, sino para afirmar la plenitud de las exigencias del amor de Cristo: *Si se hace justicia a secas, es posible que la gente se quede herida. —Por lo tanto, muévete siempre por amor a Dios, que a esa justicia añadirá el bálsamo del amor al prójimo; y que purifica y limpia el amor terreno* (Forja, 502). Pero, primero, justicia, pues no en balde Mons. Escrivá de Balaguer tuvo una acusada y fina mentalidad jurídica, que presidió sus decisiones, y le llevaba a amar también el Derecho. Como afirmaba en un discurso pronunciado en 1972 en la Universidad de Navarra, el derecho *ordena según justicia la convivencia de los hombres y de los pueblos, y garantiza contra los abusos y tiranías de quienes querrían vivir o gobernar a tenor de su propio arbitrio o de su fuerza prepotente*.

Por esto, en la convivencia con los hombres —cauce de la labor apostólica ordinaria de los cristianos— se impone también la comprensión, manifestación clara y positiva del amor al que vengo refiriéndome. Una comprensión que excluye las cautelas pesimistas, las desconfianzas medrosas, el tono de permanente confrontación con los demás, la facilidad para las descalificaciones globales. Actitudes todas quizá enraizadas en los egoísmos y en el miedo, e incompatibles con un auténtico sentido del amor cristiano, porque *el que tiene miedo no sabe querer* (así traducía libremente Mons. Escrivá de Balaguer el pasaje de la primera Epístola de San Juan *qui autem timet, non est perfectus in charitate: 1 Io. IV, 18*). Y es que el amor cristiano *no se limita a socorrer al necesitado de bienes económicos; se dirige, antes que nada, a respetar y comprender a cada individuo en cuanto tal, en su intrínseca dignidad de hombre y de hijo de Creador* (Es Cristo que pasa, 72). Y de esa plenitud surgen compromisos, basados en la libertad y contruidos en el pluralismo, lejos de cualquier mentalidad de partido único. Tengo muy vivo en mi memoria el recuerdo de una pregunta a Mons. Escrivá de Balaguer en el teatro Gayarre de Pamplona en 1964: —¿Qué posición tienen los miembros del Opus Dei en la vida pública de los pueblos? Y el Fundador inició su respuesta con un rápido y rotundo *la que les da la gana...* La comprensión es fuente de libertades.

El amor, que trasciende lo efímero y transitorio, dilata necesariamente la capacidad de la inteligencia humana, y abre, por tanto, nuevos panoramas en el ámbito de la cultura. Al comienzo de los años 40, don Manuel García Morente, ya sacerdote, visitó a Mons. Escrivá de Balaguer, para conocer de primera mano qué era el Opus Dei. A pesar de su buena voluntad, acabó reduciendo la explicación recibida a sus moldes intelectuales: —Entonces el Opus Dei es como la ILE, pero con sentido católico. Mons. Escrivá de Balaguer no ocultó su pena, al ver que García Morente —egregio por tantos conceptos— no captaba en aquel momento la profundidad del mensaje, por encerrarlo en moldes viejos y alicortos. Porque también aquí, el Fundador del Opus Dei, sin proponer en modo alguno una alternativa cultural, solía esbozar las características de la mentalidad católica, universal, con un enfoque amplio y atractivo, en consonancia con el temple positivo al que vengo refiriéndome:

— amplitud de horizontes, y una profundización enérgica, en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica;

— afán recto y sano —nunca frivolidad— de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia...;

— una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos;

— y una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida" (Surco, 428).

Antes de terminar, una precisión. Me he referido brevemente a un rasgo de la personalidad de Mons. Escrivá de Balaguer: su acusado sentido positivo, afirmativo; y he considerado algunas de sus manifestaciones ante el trabajo, el amor, la construcción de la convivencia, el desarrollo de la cultura. Pero este hondo signo más nada tiene que ver con enfoques románticos, blandos, edulcorados. Hace apenas dos meses, en Zaragoza, me confiaba Mons. Peralta, antiguo Obispo de Vitoria, su admiración por la rara capacidad que había observado en Mons. Escrivá de Balaguer para armonizar la ternura con la energía: —A lo largo de mi vida —subrayaba—, quizá me besó más veces que mi madre; pero, sin su fortaleza para amar a la Iglesia y defender al Opus Dei, la Obra habría sido destruida. La personalidad del Fundador ofrece, a mi

entender, un ejemplo elocuente de cómo la fidelidad a la llamada de Cristo ensambla maravillosamente la afirmación comprensiva, universal, constante, con la reciedumbre y la fortaleza, con el esfuerzo y la tenacidad, porque, en el fondo, estas virtudes también denotan y despliegan la fuerza del amor.— Salvador BERNAL

\* \* \*

Del último número de *Romana*, IV-7 (julio-diciembre 1988) [1989], pp. 177-360, que dirige Flavio Leopoldo Capucci, destacamos y recomendamos la lectura del artículo de la teóloga alemana Dra. Jutta Burggraf, que lleva por título *Per un femminismo cristiano. Riflessioni sulla Lettera apostolica "Mulieris dignitatem"* (pp. 348-359). Entre otros documentos, también se recogen en este número de *Romana* el Discurso de Juan Pablo II (12 de noviembre de 1988) a los participantes en el IIº Congreso Internacional de Teología Moral celebrado en Roma para conmemorar el XXº Aniversario de la *Humanae Vitae*.— Alvaro PRIEGO CANO

\* \* \*

De los *Annales theologici* del Centro Accademico Romano della Santa Croce vol. 2, fasc. 2 (1988) [1989], pp. 205-448, nos sorprende Walter Brandmüller, que también colaboró en el homenaje de ciencias eclesiológicas organizado al Dr. Orlandis Rovira por parte de I. Saranyana, con un estudio sobre las enseñanzas conciliares (Frankfurt 794; Reisbach 800; Chalons-sur-Saône 813; Sens 1527-28; Trento, entre otros) en la correcta interpretación de las Sagradas Escrituras. Al Concilio Vaticano II dedica un extenso y documentado capítulo (pp. 244-259). Enrique Colom Costa estudia la Encíclica *Sollicitudo rei socialis* (pp. 295-341); utiliza doctrina exclusivamente italiana y española, y las escasísimas referencias a los ya notables posicionamientos que se han dado en Centroeuropa son completamente